

¿Y TÚ QUÉ HUBIERAS HECHO?

por Francisco-Manuel Nácher

Se dice que, tras escuchar el relato evangélico de la Pasión de Cristo, Clodoveo, rey de los francos, exclamó: *”¡Si yo hubiera estado allí con mis soldados, Cristo no hubiera sido crucificado!”*

A primera vista, es ésta una frase que impresiona. Sugiere una gran fe, decisión para defenderla, devoción...pero, bien mirado, poco más.

Porque, si empezamos a pensar, comprenderemos su escaso valor, tanto racional como ético e, incluso, sociológico.

Desde el punto de vista racional, hay que comprender que esa frase se pronunció en el siglo quinto, cuando ya se conocía lo sucedido: la misión de Cristo, los Evangelios, la historia de los primeros cristianos, la expansión del cristianismo, etc. Pero, si Clodoveo hubiera realmente estado allí, en Jerusalén, en el momento de la Pasión de Cristo e ignorando todo eso, seguramente hubiera pensado y sentido y actuado como lo hicieron la mayor parte de los que allí se encontraban.

Desde el punto de vista ético porque, al hablar de sus tropas, está claro que las hubiera utilizado para ejercer la fuerza, lo cual hubiera ido exactamente en contra de la doctrina y de los deseos del propio Cristo, que atribuía al César lo que era del César y a Dios lo que era de Dios, y aquel asunto, precisamente, era un asunto de Dios.

Y, desde el punto de vista sociológico, si reflexionamos sobre el tema, pronto nos asalta la inquietante pregunta: ¿Cómo es posible que, siendo Cristo quien era, la gente no se diese cuenta? ¿Cómo se puede comprender que pasease por sus calles, que entrase en sus casas, que les hablase, que comiese y cenase con ellos, que los acompañase a pescar, que jugase con sus niños, que hablase en sus sinagogas, que realizase milagros ante sus ojos y, sin embargo, no se vieran arrebatados de amor y de gratitud y de vergüenza y de arrepentimiento? ¿Cómo no se sintieron miserables y despreciables e indignos a su lado? ¿Qué era lo que los cegaba, lo que los insensibilizaba, lo que les impedía ver lo que estaba tan claro y tenían tan cerca?

Y, sobre todo, la pregunta principal, la que todos deberíamos formularnos: ¿Qué hubiéramos hecho nosotros? ¿Hubiéramos detectado a Cristo en aquel hombre, en sus palabras, en sus gestos?

¡Ahora sí, claro! ¡Si ahora viniese Cristo, todos nos arrojaríamos a sus pies y nos llenaríamos de amor por Él y lloraríamos amargamente por nuestros errores y seríamos capaces de hacer por Él los mayores esfuerzos y sacrificios!...pero, ¡seamos honestos!: Eso lo haríamos, lo mismo que el bueno de Clodoveo, porque sabríamos que se trataba de Cristo, ¡nada menos que del Hijo de Dios.

No nos engañemos: nosotros, ahora, sabemos mucho más sobre el tema, tenemos muchos más datos, poseemos más información y, sin embargo, tampoco lo vemos. Aquellos judíos y romanos tenían más excusa entonces que nosotros hoy. Pero la situación es la misma: ellos no estaban predispuestos para recibir a Cristo, y nosotros, tampoco lo estamos; ellos se ocupaban sólo de sus necesidades y sus negocios y sus problemas, y nosotros también; ellos eran incapaces de ponerse en el lugar del prójimo necesitado, exactamente lo mismo que nosotros; ellos sólo buscaban la satisfacción material, como nosotros; ellos creían que no pensar en la muerte la alejaría de sus vidas, y nosotros hacemos lo mismo; ellos no creían necesario orar a Dios, puesto que no veían la hermosura del mundo, debido a su propia miopía espiritual adquirida, como nos sucede a nosotros; ellos planteaban su existencia como una “huída hacia delante”, en vez de preguntarse sobre la vida y la muerte, igual que hacemos nosotros hoy; ellos concebían la vida como un continuo disfrutar, gozar, satisfacer deseos, sin preocuparse de su calidad ni de su costo, lo mismo que nosotros ahora; ellos habían reducido el mundo del hombre, lleno en su origen de grandeza, de posibilidades y de futuro, a un oscuro rincón lleno de miserables bienes perecederos, exactamente como nosotros hacemos hoy; ellos preferían pensar que la vida era un azar, una lotería, en vez de esforzarse por conformarla, como hacemos nosotros; ellos eran capaces de matar, de robar, de mentir, de injuriar, de blasfemar, de perjurar, de calumniar, de estafar, de explotar, de esclavizar,...a cambio de unas monedas, de una fama o de un poder efímeros que, en realidad, nada valen y nada les aportaban, lo mismo que hacemos nosotros, que suspiramos por las rebajas de los artículos de consumo y nos preocupamos por los saldos y las gangas y las marcas de cosas materiales pero, ante la mejor rebaja de la historia de productos espirituales, ante la mayor ganga y el mejor saldo y la mejor marca jamás conocidos, pasamos indiferentes y con la mirada y la atención fijas en aquéllos.

Cuando Cristo vino, sólo unos pocos habían alcanzado el nivel evolutivo suficiente para “verlo,” para sentirse atraídos irresistiblemente por Él, para seguirlo sin vacilación adondequiera que fuese. Los demás sólo pudieron ver a un hombre un poco especial, pero por el cual no valía la pena sacrificar lo “verdaderamente valioso” del mundo material.

Sabemos que la ley cósmica nos hace ver a los demás a través de nuestro propio cristal, y atribuirles, así, a ellos, de modo inevitable, nuestras propias imperfecciones. Por eso, unos veían en Cristo sólo afán de proselitismo y protagonismo; otros veían un vividor a costa de los demás; otros, un ávido de poder o de autoridad; o sospechaban en Él un oculto propósito político; o la seducción de alguna mujer, como la Magdalena; o, incluso, creían ver, simplemente, a un loco... Y sólo aquellos que, gracias a sus esfuerzos de muchas vidas, vividas en la buena dirección, habían llegado al punto de ver sólo lo verdadero, lo bueno y lo bello, aquéllos cuyo cristal interior estaba limpio y transparente, pudieron ver la Verdad sin telarañas, sin coloraciones ajenas, y sintieron su llamada, su atracción, su seducción, su voz inequívoca interior, y comenzaron a vibrar al unísono con Él, y ya no les fue posible dejar de hacerlo.

Pero, ¿es que Cristo no está aquí, entre nosotros? ¿Es que acaso no está en nuestro interior y en nuestros amigos y parientes y vecinos, y en las avejillas y los peces y las flores y los arroyos y, sobre todo, como Él nos dijo, en los afligidos y los pobres y los desamparados y los explotados y los olvidados por nosotros, precisamente por nosotros, tan decididos a “hacer cualquier cosa por Él “si viniese”?”

Así que, no nos lamentemos por no haber estado allí y no haberlo conocido. Ahora que poseemos la información, tratemos, con todas nuestras fuerzas, de buscarlo, de localizarlo, de escucharlo y de seguirlo hasta dondequiera que vaya. Porque, no lo dudemos, Cristo ha venido. Y está entre nosotros. O, por mejor decir: **está en nosotros**.

Recordemos ese quinto versículo del Evangelio de San Juan: “... *Y la Luz (Cristo) resplandeció en medio de las tinieblas (nosotros), pero las tinieblas no la comprendieron.*”

* * *